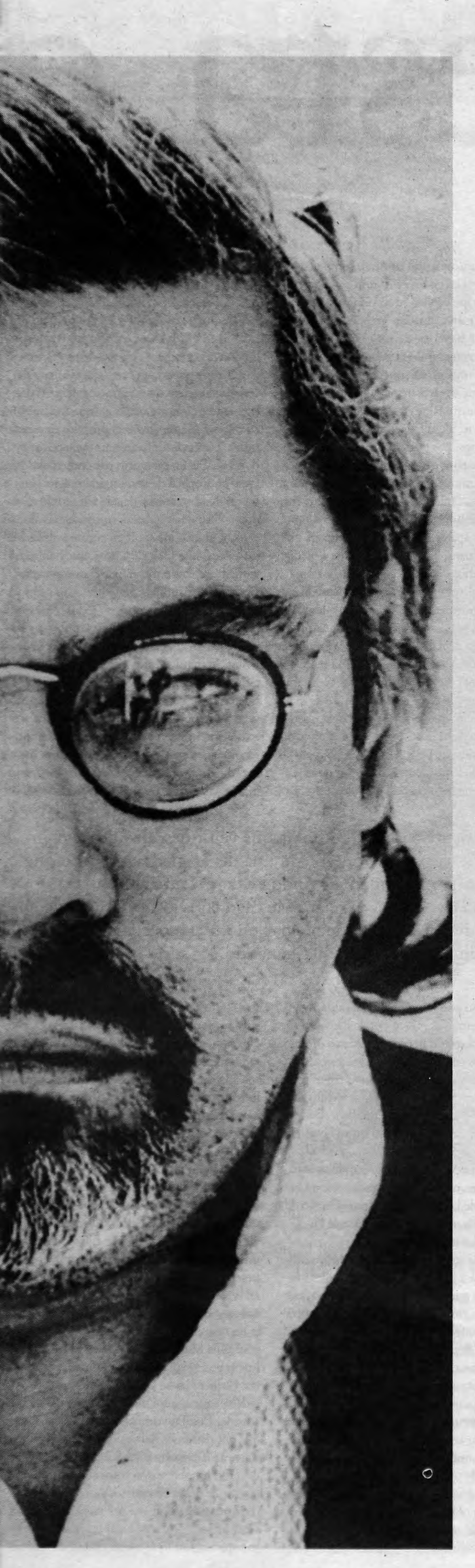


Cabrera Infante

Cada cual tiene sus ciudades santas, que muchas veces son a la vez ciudades perdidas. La ciudad santa y perdida de Cabrera Infante es La Habana. Es justamente en *La Habana para un Infante difunto* (con esa entonación que recuerda la fúnebre *Pavana* de Ravel) adonde Cabrera Infante se dirige para recuperar el tiempo perdido: sus recuerdos infantiles convirtiéndose paulatinamente en una galería de mujeres de las que el autor nos ofrece tantos detalles que termina convirtiéndolas en verdaderas piezas de un museo inexistente. Cuenta la leyenda que el autor decidió escribir esta obra autobiográfica en un intento desesperado por recuperar su memoria, que se le estaba yendo.

Guillermo Cabrera Infante nació en abril de 1929 en Gibara, provincia de Oriente, Cuba. En 1941 se trasladó a La Habana con sus padres. En 1947 comenzó a escribir. En 1950 ingresó en la escuela de periodismo local. En 1954 comenzó a escribir crítica de cine. En 1959 fue dirigente de la cultura oficial y director de la revista *Lunes de Revolución*, hasta que fue clausurada, en 1961. Desde hace muchos años vive en Londres, cuya lengua adoptó al punto de escribir una obra directamente en inglés, *Holy smoke*, en la que no falta un solo ingrediente propio de su escritura en castellano. Sus libros nunca han sido best sellers, aunque hayan pasado de una aceptación lenta a un número considerable de reediciones de bolsillo. Su obra parece destinada a seguir siendo el pasto de un pequeño rebaño de gourmets literarios y críticos rumiantes.

POR GUILLERMO CABRERA INFANTE

La puesta e

CUANDO CONTABA CON SOLO 19 AÑOS, CABRERA INFANTE VIAJÓ A TRINIDAD, CUBA, COMO ACOMPAÑANTE DE LA COMPAÑÍA TEATRAL PROMETEO. ALLÍ DEBÍA REPRESENTARSE LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO ANTE UNA CONMOVIDA ASISTENCIA LOCAL. VARIOS INCIDENTES PREVIOS PROLOGARON EL INOLVIDABLE INCIDENTE FINAL.

Llegó el día, mejor dicho, la noche de la partida, y ya estábamos en la Terminal cuando Franqui me confió que Becker (el incógnito Becker, del que supe años después que no se llamaba Bécquer, con rima, como creía, sino que su nombre era corrupción de Baker, el poeta devenido panadero primitivo: le conocí bien a Becker) le había enviado un telegrama comunicándole que el municipio había cancelado la invitación. Nunca se supo precisamente por qué: se adujo falta de fondos pero nuestra presencia en Trinidad demostraría que no era verdad o por lo menos exacto. ¿Qué hacer? Franqui decidió actuar como un conquistador, Cortés que no atiende a Velázquez, y no darse por enterado del telegrama y proseguir hasta el tren, tomando la ciudad por asalto. Eso sí: ni una palabra a nadie, sobre todo a los actores, volubles vedettes. Solamente sabríamos la verdad Franqui, Morín, Silvano y yo: el cuarteto del secreto. Así, sentados ya en el tren, a la espera de su partida que no llegaba nunca, oímos por los altavoces una frase obscena: "Llamada para Carlos Franqui". Franqui me miró y los dos supimos al mismo tiempo qué quería decir la llamada. Franqui pretendió no oírla. De nuevo se repitió el reclamo y Dulce Velazco, una actriz que parecía tener permanentemente (pese a su permanente rubio) cuarenta años y era además de aspecto cómico y tan redicha que era la imagen exacta de la burguesa habanera (ahora me pregunto, ¿qué podía hacer Dulce Velazco en la Pasión, ya fuera según San Marcos o según San Mateo o de autor anónimo?), abandonó su asiento y se acercó a Carlos para decirle, casi confidencialmente: "Franqui, perdóneme, pero me parece que lo llaman por los magnavoces". Ya yo iba a decir: "Se trata de otro Carlos Franqui", cuando el verdadero Franqui se levantó y se dirigió pasillo abajo hacia la salida del vagón. Yo lo acompañé y Morín y Silvano me siguieron. En el andén hubo una pequeña conferencia táctica. Se acordó que si Franqui respondía a la llamada –que tenía que ser del misterioso Becker–, habría que cancelar el viaje. Lo mejor era proceder como con el telegrama y no darse por enterado de ninguno de los dos mensajes y la llegada a Trinidad sería un hecho consumado. La otra alternativa era aceptar el fracaso y dar por perdidos los días de ensayo, el vestuario (adquirido por Morín sabe Dios dónde, sabe el diablo cómo) y el entusiasmo, tan importante, más necesario que todo lo demás –es esencial ir con Dios hacia Cristo. A Silvano no se le escapó el carácter cortesano de las tácticas de Franqui y propuso: "También podemos quemar las naves –es decir, el tren." Volvimos al vagón. Todavía una vez más antes de la salida pudimos oír los altavoces perifoneando inútilmente pero tan comprometedores como en el Parque Central: "Llamada urgente para Carlos Franqui". Vi a Dulce Velazco a punto de levantarse, venir hacia nosotros y decir con cara de cristiana mística: "Oigo voces".

Llegamos a Trinidad por la mañana y lo primero que hicimos todos en grupo –Prometeo que trae la luz de La Habana a las tinieblas trinitarias– fue caminar hasta el ayuntamiento, que en Trinidad quedaba entre un recoveco de calles que a mí siempre me parecieron ruinas circulares. Fue Franqui quien franqueó las puertas del cabildo. Estuvo un rato dentro y después regresó diciendo: "Hay que ver a Becker", críptico pero predecible, y salimos del laberinto de calles empedradas a una plaza y una casa de piedra. Franqui subió las escaleras y yo escalé un escalón o dos detrás de él, oyéndole decir una y otra vez a una reja de hierro bordado más que forjado: "¿Béquel?", en su pronunciación villaclareña, que no cree en eres. Pero Becker o Bécquer o Béquel, fantasma telegráfico, nunca se materializó. De allí Franqui se dirigió, seguido por todos, a un palacio que parecía particular y salió de él al poco rato, sonriendo su sonrisa socarrona. Todo estaba arreglado. Nos íbamos a alojar en una especie de asilo de ancianos que había sido dejado libre –¿fuga de fósiles, viajes de viejos?– hacía apenas unos días y comeríamos en un establecimiento municipal. Era evidente que nos trataba como a miembros de una orden de mendicantes: hacíamos votos de vagabundos. Aparentemente, a quien había ido a ver Franqui era al alcalde a su casa, quien, por supuesto, no estaba nunca en el ayuntamiento en Semana Santa, Trinidad ciudad católica no pagana como La Habana.

Todo este tiempo, yo apenas noté a Beba. Es más, a veces, de haberme preguntado alguien si ella venía con nosotros, no habría podido responder afirmativa o negativamente. Pero ella se iba a cobrar esta ignorancia y manifestarse como una revelación rotunda. La hora del almuerzo llegó afortunadamente (no habíamos desayunado) y fuimos a una especie de restaurante campestre sin árboles y mesas con hules olorosos: nuestro comedor colectivo. Nos sirvieron, camareros callados, arroz, frijoles y boniato, sin postre. Lo que me hizo recordar el relato doblemente blasfemo (en Trinidad, en Semana Santa) de cuando Cristo multiplicó los panes y los peces y, después de este milagro maravilloso, uno de los comensales se dirigió a Jesús para decirle: "Pero cómo, Señor, ¿no hay postre? Dulce Velazco sufrió una suerte similar y al ver la comida exclamó asqueada: "Fécula, fécula, fécula", subiendo su voz engolada en cada fécula y fue todo lo que dijo y no comió. Los demás nos comimos esa corriente comida cubana, hecha por el hambre ambrosía y no mero milagro. La tarde la dedicamos a pasear por la ciudad, con Franqui de guía: él había sido delegado comunista en Trinidad y la conocía muy bien. Dándome de conocedor, decidí recorrerla por mi cuenta, acompañado por Rine Leal, ahora agregado cultural, como yo, pero quien sería luego un centurión romano en La Pasión y me explicó su técnica teatral: "Quien hace un centurión hace un ciento". Por supuesto, no bien dejé detrás a Franqui, me perdí en la ciudad que era para mí una isla, Creta, no Trinidad. Después de muchas vueltas concéntricas, en el meollo del laberinto, encontré un burro. Rine encontró otro. Ambos burros eran de alquiler y como costaban poco los alquilamos. Los burros conocían su pueblo como un pesebre y nos llevaron a las afueras, a recorrer las murallas o los tramos de una muralla en ruinas. Todo iba muy bien, yo sobre mi burro, jinete Jiménez, cuando apareció un niño, después apareció otro y finalmente era una banda: una pandilla de chiquillos que se dedicaron a caernos detrás como deporte y a pinchar a los burros en la barriga con varas villanas y de los vientres vulnerables pasaron a las partes ocultas. Los burros comenzaron a patear primero y luego de dar coces sin lograr eliminar la molestia íntima, decidí intervenir y amenazar a los maleantes con las peores represalias –lo que fue suficiente para que introdujeran la verga en el ano del asno, que se paró en sus dos patas delanteras y me volteó. Desde el suelo pude oír no sólo las risas de los rufianes sino también las carcajadas de Rine, desleal: era inútil poner en su lugar al enemigo cuando hasta los amigos estaban de su parte. Después de levantarme y tratar de desmontar a Rine con la fuerza de mi mirada, sin lograrlo tiré una patada en dirección del más cercano canalla y éste y sus amigos replicaron a pedradas y a duras penas pude refugiarme detrás del burro. El incidente culminó cuando una de las piedras dio a Rine en pleno pecho y éste cargó en su burro contra la banda, que se dio a la desbandada, evidentemente menos peligrosa que las pandillas habaneras. Regresamos (yo caminando, con mi burro cogido de la mano, guiado por el burro de Rine, todavía montado) al sitio donde los alquilamos. Así terminó la tarde.

Esa noche supimos lo que era la incomodidad añadida a la injuria del albergue que fue asilo. No es que hubiera chinches (como las que me asaltaron, bichos de Blefuscu, en otra ciudad del interior en mis días de surveyero), sino que se desató de pronto una ola fría sobre el país, extraña en Semana Santa, cuando siempre sopla el viento sur, llamado precisamente de Cuaresma. Pero esta vez el norte azotaba sobre todo la provincia de Las Villas, en particular la zona de Trinidad y ya más directamente nuestro alojamiento. Cuando nos lo dieron, el contento de tener un techo no nos permitió ver que las camas estaban desnudas excepto por un colchón pelado, sin sábana ni almohada, mucho menos una frazada. Dormiríamos –teóricamente– siguiendo un código de conducta estricto: los hombres en la planta baja, las mujeres en el piso de arriba: La Habana iba a enseñarle a Trinidad lo que era la moral de grupo: seríamos Prometeo pero no promiscuos. Dije teóricamente porque nadie pudo dormir esa noche, a pesar de acostarnos con la ropa puesta, que era la vestimenta del verano habanero que dejamos detrás. Al día siguiente y como remedio al frío –lo semejante cura lo semejante– alguien propuso una excursión a Topes de Collantes, un pico cercano donde había un sanatorio para tuberculosos (versión tropical de la montaña mágica) comenzado años atrás y dejado sin terminar: todo en Trinidad estaba en ruinas: el pasado y el futuro. Había que subir en automóvil: los viejos carros, más bien cacharros, que había en la ciudad, trepando torpes por el camino vertical. En nuestra máquina coincidimos, por primera vez y en apretada compañía (todo lo hacíamos comprimidos esa vez en Trinidad) Beba y yo, pero estaban además Margarita Fiallo, Ernesto Miret, Franqui, Morín y el chofer local aplastado contra el timón. Miret estuvo de muy buen humor haciendo chistes todo el trayecto pero me puso del peor humor a mí, cada vez más cejijunto, con el ceño fruncido, tan intolerante, intolerable que en su momento Morín me dijo que yo estaba tan serio porque me había dejado robar el show de chistes por Miret. Pero no era verdad. La verdad la supe después, para mi sorpresa, y era que estaba celoso, anticipadamente, porque Beba se reía con su dentadura prominente de cada cosa que decía Miret. El viaje a la montaña, con sus helechos arborescentes y sus orquídeas silvestres y sus plantas exóticas, se convirtió para mí en una suerte de tortura, no el dulce dolor de los celos sino ese sentimiento confuso que anticipa los celos cuando todavía no hay amor.

> "Pero ocurrió que Miret tenía que venir descalzo desde el interior a oscuras y tropezó con una de las piedras del piso que sobresalía incrédula y no pudo evitar exclamar, al tiempo que salía a escena: '¡Me cago en Dios!'. Casi se oyó en el público y yo no pude olvidar nunca el espectáculo privado de ver a Cristo blasfemando."

Mientras llegaba el día de la representación (jueves santo) seguíamos dedicados a hacer de turistas. Fuimos al puerto de Casilda, que es la vía de acceso a Trinidad por el mar. Trinidad misma está construida tierra adentro pero en tiempos de la colonia era por Casilda que venían (y salían) las mercancías a la ciudad. A un extremo del puerto, abierta al mar Caribe, está la hermosa península del Ancón (triste travelogue). Allá fuimos (en lenta lancha) a establecer una cabeza de playa en este "Varadero del sur" (en Cuba todas las playas son versiones de Varadero), que resultó inolvidable en más de un sentido. El sol no dejaba que se sintiera el frío, que por demás no había sido ese día tan intenso como la primera noche, y decidimos bañarnos. Los hombres lo hicimos en calzoncillos, ya que nadie había pensado, lógica simbólica, en traer trusa. Las mujeres, por su parte, improvisaron trajes de baño con pañuelos atados sobre su ropa interior. Solamente Queta se bañó en

POR GUILLERMO CABRERA INFANTE

La puesta en piedra

CUANDO CONTABA CON SOLO 19 AÑOS, CABRERA INFANTE VIAJÓ A TRINIDAD, CUBA, COMO ACOMPAÑANTE DE LA COMPAÑÍA TEATRAL PROMETEO. ALLÍ DEBÍA REPRESENTARSE LA VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE JESUCRISTO ANTE UNA CONMOVIDA ASISTENCIA LOCAL. VARIOS INCIDENTES PREVIOS PROLOGARON EL INOLVIDABLE INCIDENTE FINAL.

Llegó el día, mejor dicho, la noche de la partida, y ya estábamos en la Terminal cuando Franqui me confió que Becker (el incógnito Becker, del que supe años después que no se llamaba Bécquer, con rima, como creía, sino que su nombre era corrupción de Baker, el poeta devenido panadero primitivo: le conocí bien a Becker) le había enviado un telegrama comunicándole que el municipio había cancelado la invitación. Nunca se supo precisamente por qué: se adujo falta de fondos pero nuestra presencia en Trinidad demostraría que no era verdad o por lo menos exacto. ¿Qué hacer? Franqui decidió actuar como un conquistador, Cortés que no atiende a Velázquez, y no darse por enterado del telegrama y proseguir hasta el tren, tomando la ciudad por asalto. Eso sí: ni una palabra a nadie, sobre todo a los actores, volubles vedettes. Solamente sabríamos la verdad Franqui, Morín, Silvano y yo: el cuarteto del secreto. Así, sentados ya en el tren, a la espera de su partida que no llegaba nunca, oímos por los altavoces una frase obscena: "Llamada para Carlos Franqui". Franqui me miró y los dos supimos al mismo tiempo qué quería decir la llamada. Franqui pretendió no oírla. De nuevo se repitió el reclamo y Dulce Velazco, una actriz que parecía tener permanentemente (pese a su permanente rubio) cuarenta años y era además de aspecto cómico y tan redicha que era la imagen exacta de la burguesa habanera (ahora me pregunto, ¿qué podía hacer Dulce Velazco en la Pasión, ya fuera según San Marcos o según San Mateo o de autor anónimo?), abandonó su asiento y se acercó a Carlos para decirle, casi confidencialmente: "Franqui, perdóneme, pero me parece que lo llaman por los magnavoces". Ya yo iba a decir: "Se trata de otro Carlos Franqui", cuando el verdadero Franqui se levantó y se dirigió pasillo abajo hacia la salida del vagón. Yo lo acompañé y Morín y Silvano me siguieron. En el andén hubo una pequeña conferencia táctica. Se acordó que si Franqui respondía a la llamada –que tenía que ser del misterioso Becker–, habría que cancelar el viaje. Lo mejor era proceder como con el telegrama y no darse por enterado de ninguno de los dos mensajes y la llegada a Trinidad sería un hecho consumado. La otra alternativa era aceptar el fracaso y dar por perdidos los días de ensayo, el vestuario (adquirido por Morín sabe Dios dónde, sabe el diablo cómo) y el entusiasmo, tan importante, más necesario que todo lo demás –es esencial ir con Dios hacia Cristo. A Silvano no se le escapó el carácter cortesano de las tácticas de Franqui y propuso: "También podemos quemar las naves –es decir, el tren." Volvimos al vagón. Todavía una vez más antes de la salida pudimos oír los altavoces perifoneando inútilmente pero tan comprometedores como en el Parque Central: "Llamada urgente para Carlos Franqui". Vi a Dulce Velazco a punto de levantarse, venir hacia nosotros y decir con cara de cristiana mística: "Oigo voces".

Llegamos a Trinidad por la mañana y lo primero que hicimos todos en grupo –Prometeo que trae la luz de La Habana a las tinieblas trinitarias– fue caminar hasta el ayuntamiento, que en Trinidad quedaba entre un recoveco de calles que a mí siempre me parecieron ruinas circulares. Fue Franqui quien franqueó las puertas del cabildo. Estuvo un rato dentro y después regresó diciendo: "Hay que ver a Becker", críptico pero predecible, y salimos del laberinto de calles empedradas a una plaza y una casa de piedra. Franqui subió las escaleras y yo escalé un escalón o dos detrás de él, oyéndole decir una y otra vez a una reja de hierro bordado más que forjado: "¿Béquel?", en su pronunciación villaclareña, que no cree en eres. Pero Becker o Bécquer o Béquel, fantasma telegráfico, nunca se materializó. De allí Franqui se dirigió, seguido por todos, a un palacio que parecía particular y salió de él al poco rato, sonriendo su sonrisa socarrona. Todo estaba arreglado. Nos íbamos a alojar en una especie de asilo de ancianos que había sido dejado libre –¿fuga de fósiles, viajes de viejos?– hacía apenas unos días y comeríamos en un establecimiento municipal. Era evidente que nos trataba como a miembros de una orden de mendicantes: hacíamos votos de vagabundos. Aparentemente, a quien había ido a ver Franqui era al alcalde a su casa, quien, por supuesto, no estaba nunca en el ayuntamiento en Semana Santa, Trinidad ciudad católica no pagana como La Habana.

Todo este tiempo, yo apenas noté a Beba. Es más, a veces, de haberme preguntado alguien si ella venía con nosotros, no habría podido responder afirmativa o negativamente. Pero ella se iba a cobrar esta ignorancia y manifestarse como una revelación rotunda. La hora del almuerzo llegó afortunadamente (no habíamos desayunado) y fuimos a una especie de restaurante campestre sin árboles y mesas con hules olorosos: nuestro comedor colectivo. Nos sirvieron, camareros callados, arroz, frijoles y boniato, sin postre. Lo que me hizo recordar el relato doblemente blasfemo (en Trinidad, en Semana Santa) de cuando Cristo multiplicó los panes y los peces y, después de este milagro maravilloso, uno de los comensales se dirigió a Jesús para decirle: "Pero cómo, Señor, ¿no hay postre? Dulce Velazco sufrió una suerte similar y al ver la comida exclamó asqueada: "Fécula, fécula, fécula", subiendo su voz engolada en cada fécula y fue todo lo que dijo y no comió. Los demás nos comimos esa corriente comida cubana, hecha por el hambre ambrosía y no mero milagro. La tarde la dedicamos a pasear por la ciudad, con Franqui de guía: él había sido delegado comunista en Trinidad y la conocía muy bien. Dándome de conocedor, decidí recorrerla por mi cuenta, acompañado por Rine Leal, ahora agregado cultural, como yo, pero quien sería luego un centurión romano en La Pasión y me explicó su técnica teatral: "Quien hace un centurión hace un ciento". Por supuesto, no bien dejé detrás a Franqui, me perdí en la ciudad que era para mí una isla, Creta, no Trinidad. Después de muchas vueltas concéntricas, en el meollo del laberinto, encontré un burro. Rine encontró otro. Ambos burros eran de alquiler y como costaban poco los alquilamos. Los burros conocían su pueblo como un pesebre y nos llevaron a las afueras, a recorrer las murallas o los tramos de una muralla en ruinas. Todo iba muy bien, yo sobre mi burro, jinete Jiménez, cuando apareció un niño, después apareció otro y finalmente era una banda: una pandilla de chiquillos que se dedicaron a caernos detrás como deporte y a pinchar a los burros en la barriga con varas villanas y de los vientres vulnerables pasaron a las partes ocultas. Los burros comenzaron a patear primero y luego de dar coces sin lograr eliminar la molestia íntima, decidí intervenir y amenazar a los maleantes con las peores represalias –lo que fue suficiente para que introdujeran la verga en el ano del asno, que se paró en sus dos patas delanteras y me volteó. Desde el suelo pude oír no sólo las risas de los rufianes sino también las carcajadas de Rine, desleal: era inútil poner en su lugar al enemigo cuando hasta los amigos estaban de su parte. Después de levantarme y tratar de desmontar a Rine con la fuerza de mi mirada, sin lograrlo tiré una patada en dirección del más cercano canalla y éste y sus amigos replicaron a pedradas y a duras penas pude refugiarme detrás del burro. El incidente culminó cuando una de las piedras dio a Rine en pleno pecho y éste cargó en su burro contra la banda, que se dio a la desbandada, evidentemente menos peligrosa que las pandillas habaneras. Regresamos (yo caminando, con mi burro cogido de la mano, guiado por el burro de Rine, todavía montado) al sitio donde los alquilamos. Así terminó la tarde.

Esa noche supimos lo que era la incomodidad añadida a la injuria del albergue que fue asilo. No es que hubiera chinches (como las que me asaltaron, bichos de Blefuscu, en otra ciudad del interior en mis días de surveyero), sino que se desató de pronto una ola fría sobre el país, extraña en Semana Santa, cuando siempre sopla el viento sur, llamado precisamente de Cuaresma. Pero esta vez el norte azotaba sobre todo la provincia de Las Villas, en particular la zona de Trinidad y ya más directamente nuestro alojamiento. Cuando nos lo dieron, el contento de tener un techo no nos permitió ver que las camas estaban desnudas excepto por un colchón pelado, sin sábana ni almohada, mucho menos una frazada. Dormiríamos –teóricamente– siguiendo un código de conducta estricto: los hombres en la planta baja, las mujeres en el piso de arriba: La Habana iba a enseñarle a Trinidad lo que era la moral de grupo: seríamos Prometeo pero no promiscuos. Dije teóricamente porque nadie pudo dormir esa noche, a pesar de acostarnos con la ropa puesta, que era la vestimenta del verano habanero que dejamos detrás. Al día siguiente y como remedio al frío –lo semejante cura lo semejante– alguien propuso una excursión a Topes de Collantes, un pico cercano donde había un sanatorio para tuberculosos (versión tropical de la montaña mágica) comenzado años atrás y dejado sin terminar: todo en Trinidad estaba en ruinas: el pasado y el futuro. Había que subir en automóvil: los viejos carros, más bien cacharros, que había en la ciudad, trepando torpes por el camino vertical. En nuestra máquina coincidimos, por primera vez y en apretada compañía (todo lo hacíamos comprimidos esa vez en Trinidad) Beba y yo, pero estaban además Margarita Fiallo, Ernesto Miret, Franqui, Morín y el chofer local aplastado contra el timón. Miret estuvo de muy buen humor haciendo chistes todo el trayecto pero me puso del peor humor a mí, cada vez más cejijunto, con el ceño fruncido, tan intolerante, intolerable que en su momento Morín me dijo que yo estaba tan serio porque me había dejado robar el show de chistes por Miret.

> "Pero ocurrió que Miret tenía que venir descalzo desde el interior a oscuras y tropezó con una de las piedras del piso que sobresalía incrédula y no pudo evitar exclamar, al tiempo que salía a escena: '¡Me cago en Dios!'. Casi se oyó en el público y yo no pude olvidar nunca el espectáculo privado de ver a Cristo blasfemando."

Pero no era verdad. La verdad la supe después, para mi sorpresa, y era que estaba celoso, anticipadamente, porque Beba se reía con su dentadura prominente de cada cosa que decía Miret. El viaje a la montaña, con sus helechos arborescentes y sus orquídeas silvestres y sus plantas exóticas, se convirtió para mí en una suerte de tortura, no el dulce dolor de los celos sino ese sentimiento confuso que anticipa los celos cuando todavía no hay amor.

Mientras llegaba el día de la representación (jueves santo) seguíamos dedicados a hacer de turistas. Fuimos al puerto de Casilda, que es la vía de acceso a Trinidad por el mar. Trinidad misma está construida tierra adentro pero en tiempos de la colonia era por Casilda que venían (y salían) las mercancías a la ciudad. A un extremo del puerto, abierta al mar Caribe, está la hermosa península del Ancón (triste travelogue). Allá fuimos (en lenta lancha) a establecer una cabeza de playa en este "Varadero del sur" (en Cuba todas las playas son versiones de Varadero), que resultó inolvidable en más de un sentido. El sol no dejaba que se sintiera el frío, que por demás no había sido ese día tan intenso como la primera noche, y decidimos bañarnos. Los hombres lo hicimos en calzoncillos, ya que nadie había pensado, lógica simbólica, en traer trusa. Las mujeres, por su parte, improvisaron trajes de baño con pañuelos atados sobre su ropa interior. Solamente Queta se bañó en refajo y hay que haber conocido esta época hipócrita para saber qué atrevimiento era el suyo al bañarse nada más que con aquella pieza íntima, tan seductora. Al principio, mientras tomaba sol, se veía discreta porque el refajo era de raso, pero al entrar al agua –mejor dicho, al salir– se revelaba su cuerpo desnudo por transparencia, por pezones interpuestos. Sin embargo, yo no tuve ojos más que para Beba, que se hizo un bikini exclusiva con dos pañuelos pero nunca entró al agua, su piel increíblemente blanca al doble sol del cielo y el reflejo en la arena radiante, en pálido, cálido contraste con su pelo negro. Cansados de ver a esta sirena seca nos acercamos algunos bañistas –quiero decir, hombres– en grupo a ella y decidimos bautizarla: juegos de agua. Creo que fue Silvano quien la agarró por debajo de los brazos (retrospectivamente, dos días después, ¡cuánto habría dado por estar en el lugar de sus manos!), yo la tomé por ambos pies –¿por qué no por las piernas?, tal vez demasiada intimidad para mí, intimidado– y alguien más la cargó por medio cuerpo, mientras ella, riéndose, protestaba apenas. Fuimos todos con nuestra carga preciosa hasta la orilla, penetramos en el mar y la dejamos caer, haciendo un chasquido el chapuzón. Pero cuando Beba se recobró de la zambullida y salió sonriente del agua, el chapuzón se hizo chasco: todos los ruidosos retozones hicimos silencio súbito, paralizados por su presencia –verla fue ver surgir (y ahora no era mera metáfora) a Venus de entre las olas. Me pareció que nunca había visto una mujer tan bella.

Esa noche sucedieron dos hechos no conectados entre sí pero relacionados, aunque no tienen nada que ver con mi camino de perfección del arte de amar: son mera diversión: *per aspera ad amor.* Fuimos a comer un grupo en el que estaba Beba y Queta, por nuestra cuenta. No era un restaurante que se pareciera remotamente a los de La Habana (aun los de La Habana pobre que yo pudiera frecuentar con mi nada saneado salario) pero comimos bien, incluso Beba, que parecía difícil para escoger cualquier cosa. Pero Queta resultó imposible: sólo comió arroz. A la salida, caminando por las calles apenas iluminadas, tropezando, levantando piedras a cada paso, Queta me confió que no podía comer carne porque siempre veía a la vaca a punto de ser sacrificada cada vez que cortaba un bisté. Estuve de acuerdo con ella que era inhumano (Queta me corrigió: "Inanimal") comer carne, aunque llevaba mi tripa repleta de carne de vaca, sin vagas visiones vegetarianas. Beba caminaba delante con Silvano y a la escasa luz de las casas yo podía ver su cuerpo moviéndose armonioso para caminar entre cantos. No sé si estaba completando su imagen en mi memoria pero cada vez me gustaba más ver a Beba a mi alrededor –aunque ella era mucho menos muchacha que Virginia y ya Virginia era toda una mujer, mientras que yo con mis diecinueve años todavía no cumplidos parecía un adolescente sin arte y sin retrato.

Al llegar al hostal (o lo que fuera) advertimos un extraño movimiento. Había ocurrido un incidente melodramático que al final resultó cómico. Varios actores fueron al centro del pueblo y entraron en un café y pronto hubo a su alrededor una atmósfera hostil: el machismo municipal se manifestaba crudo contra los



recién venidos, en esa ocasión todos demasiado finos de maneras y gestos ante aquellos toscos. El mayor de los actores, ninguno de carácter, se dio cuenta del error de entrada y trató de corregirlo con un error de salida, mal mutis, como siempre pasa a los actores con un papel pobre. Dijo en voz baja a sus amigos: "Caballeros", luego me contó que él casi había dicho como siempre "Muchachas", pero así lo relató esta vez, "se están formando a nuestro alrededor negros nubarrones, anuncio de tormenta. Paguen lo más tranquilamente que puedan y salgamos de aquí uno a uno". Así hicieron pero la canalla del café los siguió a la calle y a través de medio pueblo. Los actores caminaban rápido pero sus seguidores, que conocían cada canto rodado, se hacían perseguidores. Pronto corrían a salvo de sus vidas, los actores convertidos en corredores. Los perseguidos alcanzaron el hostal, esta vez refugio, acogiéndose a su asilo –donde dormía Franqui y Ernesto Miret, actor heterosexual, estaba sentado en su cama: "Comiendo mierda", explicó él habaneramente. Al oír tumulto se despertó Franqui y Miret lo acompañó a la entrada, donde los actores sin aliento trataban de reconstruir, dramáticos, su ordalía. Pero no tenían qué contar de la cacería: sus perseguidores acababan de llegar, dispuestos a completar la caza. Franqui no lo pensó dos veces y se armó de la tranca para cerrar la puerta –pero en vez de cerrarla la abrió y salió a la acera. Miret lo siguió y sacó una piedra de la calle sin dificultad. Cuando los rufianes se vieron enfrentados por gente armada, dieron media vuelta y echaron a correr y de perseguidores se convirtieron en perseguidos, pues Franqui casi los alcanza, todavía en calzoncillos, olvidado de su vestimenta y de que estaba en la calle real de la ciudad, llegando ya al parque principal. Fue Miret quien le dio alcance y lo convenció de la conveniencia de regresar al hostal al mostrarle su estado: un forastero semidesnudo con una estaca en la mano no era ciertamente el aspecto que convenía a un enviado cultural venido de La Habana con un grupo teatral a escenificar la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Al oír el cuento, completado por Miret en su estilo escatológico, Silvano se moría de risa (aunque luego, en el futuro cercano, tendría una experiencia dolorosa de lo que es la chusma cubana en acción, cuando el Grupo Prometeo –Morín nunca escarmentaba– fue a actuar en un cine no lejos de La Habana y se encontraron actores y director que la representación tendría lugar al final de la película y por público tuvieron a los maleantes del pueblo, que desde el paraíso los expulsaron de la escena y a la salida del teatro los bombardearon a pedradas, una de las cuales dio a Silvano en la canilla, incapaz ahora no sólo de caminar sin cojear sino de reír sin dolor) y yo también oí el doble cuento regocijado. Luego uno de los actores acosados, cuyo nombre no hay que mencionar porque es famoso, mirando mariconamente a Franqui, ya vestido, me dijo embelesado: "¡Ese es mi héroe!". Lo que no le impidió casarse, dos años después, con la heroína de La Pasión, María Magdalena miope.

Por fin llegó la noche de la puesta en piedra, como llamaría Miret después a la representación, de La Pasión, que tendría lugar en los portales del Palacio Brunet, sus soportales haciendo de escena y el interior sirviendo de camerinos y bastidores y bambalinas. Miret sería Cristo y este sorprendente actor había tomado, contra lo que se pudiera suponer, su papel muy en serio, como siempre ocurre con La Pasión, en que su protagonista llega a creerse que no es una versión de Jesús sino el Nazareno encarnado. Pero ocurrió que Miret tenía que venir descalzo desde el interior a oscuras y tropezó con una de las piedras del piso que sobresalía incrédula y no pudo evitar exclamar, al tiempo que salía a escena: "¡Me cago en Dios!". Casi se oyó en el público y yo no pude olvidar nunca el espectáculo privado de ver a Cristo blasfemando. Curioso de saber cómo terminaba La Pasión, me quedé hasta el final. La representación fue conmovedora, al menos para el gusto católico de los trinitarios que colmaban la calle y la plaza aledaña y aplaudieron con eco in lontano. Después de la función hubo el sentimiento anticlimático de haber venido tan lejos para una sola actuación. "Lo mismo le pasó al Señor, señores", dijo Miret, consolando a los actores, "y todavía dijo: "Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen." Bien podía estarse refiriendo El a todos nosotros. Afortunadamente no íbamos a tener que sufrir a un actor con la cruz de Cristo a cuestas: Miret estuvo esa noche más dicharachero que en el viaje a la montaña: era evidente que disfrutaba su doble pasión, el amor al teatro y el humor. A pesar de buen tipo, de su distinción natural, no hizo la carrera de actor que todos pensábamos que haría: terminó trabajando de conductor en una guagua habanera. Pero estoy seguro de que convirtió su ómnibus en vehículo dramático: *la commedia è infinita.*

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LA HABANA PARA UN INFANTE DIFUNTO*, POR GUILLERMO CABRERA INFANTE. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDITORIAL SEIX BARRAL.

n piedra

refajo y hay que haber conocido esta época hipócrita para saber qué atrevimiento era el suyo al bañarse nada más que con aquella pieza íntima, tan seductora. Al principio, mientras tomaba sol, se veía discreta porque el refajo era de raso, pero al entrar al agua –mejor dicho, al salir– se revelaba su cuerpo desnudo por transparencia, por pezones interpuestos. Sin embargo, yo no tuve ojos más que para Beba, que se hizo un bikini exclusiva con dos pañuelos pero nunca entró al agua, su piel increíblemente blanca al doble sol del cielo y el reflejo en la arena radiante, en pálido, cálido contraste con su pelo negro. Cansados de ver a esta sirena seca nos acercamos algunos bañistas –quiero decir, hombres– en grupo a ella y decidimos bautizarla: juegos de agua. Creo que fue Silvano quien la agarró por debajo de los brazos (retrospectivamente, dos días después, ¡cuánto habría dado por estar en el lugar de sus manos!), yo la tomé por ambos pies –¿por qué no por las piernas?, tal vez demasiada intimidad para mí, intimidado– y alguien más la cargó por medio cuerpo, mientras ella, riéndose, protestaba apenas. Fuimos todos con nuestra carga preciosa hasta la orilla, penetramos en el mar y la dejamos caer, haciendo un chasquido el chapuzón. Pero cuando Beba se recobró de la zambullida y salió sonriente del agua, el chapuzón se hizo chasco: todos los ruidosos retozones hicimos silencio súbito, paralizados por su presencia –verla fue ver surgir (y ahora no era mera metáfora) a Venus de entre las olas. Me pareció que nunca había visto una mujer tan bella.

Esa noche sucedieron dos hechos no conectados entre sí pero relacionados, aunque no tienen nada que ver con mi camino de perfección del arte de amar: son mera diversión: *per aspera ad amor*. Fuimos a comer un grupo en el que estaba Beba y Queta, por nuestra cuenta. No era un restaurante que se pareciera remotamente a los de La Habana (aun los de La Habana pobre que yo pudiera frecuentar con mi nada saneado salario) pero comimos bien, incluso Beba, que parecía difícil para escoger cualquier cosa. Pero Queta resultó imposible: sólo comió arroz. A la salida, caminando por las calles apenas iluminadas, tropezando, levantando piedras a cada paso, Queta me confió que no podía comer carne porque siempre veía a la vaca a punto de ser sacrificada cada vez que cortaba un bisté. Estuve de acuerdo con ella que era inhumano (Queta me corrigió: "Inanimal") comer carne, aunque llevaba mi tripa repleta de carne de vaca, sin vagas visiones vegetarianas. Beba caminaba delante con Silvano y a la escasa luz de las casas yo podía ver su cuerpo moviéndose armonioso para caminar entre cantos. No sé si estaba completando su imagen en mi memoria pero cada vez me gustaba más ver a Beba a mi alrededor –aunque ella era mucho menos muchacha que Virginia y ya Virginia era toda una mujer, mientras que yo con mis diecinueve años todavía no cumplidos parecía un adolescente sin arte y sin retrato.

Al llegar al hostal (o lo que fuera) advertimos un extraño movimiento. Había ocurrido un incidente melodramático que al final resultó cómico. Varios actores fueron al centro del pueblo y entraron en un café y pronto hubo a su alrededor una atmósfera hostil: el machismo municipal se manifestaba crudo contra los recién venidos, en esa ocasión todos demasiado finos de maneras y gestos ante aquellos toscos. El mayor de los actores, ninguno de carácter, se dio cuenta del error de entrada y trató de corregirlo con un error de salida, mal mutis, como siempre pasa a los actores con un papel pobre. Dijo en voz baja a sus amigos: "Caballeros", luego me contó que él casi había dicho como siempre "Muchachas", pero así lo relató esta vez, "se están formando a nuestro alrededor negros nubarrones, anuncio de tormenta. Paguen lo más tranquilamente que puedan y salgamos de aquí uno a uno". Así hicieron pero la canalla del café los siguió a la calle y a través de medio pueblo. Los actores caminaban rápido pero sus seguidores, que conocían cada canto rodado, se hacían perseguidores. Pronto corrían a salvo de sus vidas, los actores convertidos en corredores. Los perseguidos alcanzaron el hostal, esta vez refugio, acogiéndose a su asilo –donde dormía Franqui y Ernesto Miret, actor heterosexual, estaba sentado en su cama: "Comiendo mierda", explicó él habaneramente. Al oír tumulto se despertó Franqui y Miret lo acompañó a la entrada, donde los actores sin aliento trataban de reconstruir, dramáticos, su ordalía. Pero no tenían qué contar de la cacería: sus perseguidores acababan de llegar, dispuestos a completar la caza. Franqui no lo pensó dos veces y se armó de la tranca para cerrar la puerta –pero en vez de cerrarla la abrió y salió a la acera. Miret lo siguió y sacó una piedra de la calle sin dificultad. Cuando los rufianes se vieron enfrentados por gente armada, dieron media vuelta y echaron a correr y de perseguidores se convirtieron en perseguidos, pues Franqui casi los alcanza, todavía en calzoncillos, olvidado de su vestimenta y de que estaba en la calle real de la ciudad, llegando ya al parque principal. Fue Miret quien le dio alcance y lo convenció de la conveniencia de regresar al hostal al mostrarle su estado: un forastero semidesnudo con una estaca en la mano no era ciertamente el aspecto que convenía a un enviado cultural venido de La Habana con un grupo teatral a escenificar la vida, pasión y muerte de Jesucristo. Al oír el cuento, completado por Miret en su estilo escatológico, Silvano se moría de risa (aunque luego, en el futuro cercano, tendría una experiencia dolorosa de lo que es la chusma cubana en acción, cuando el Grupo Prometeo –Morín nunca escarmentaba– fue a actuar en un cine no lejos de La Habana y se encontraron actores y director que la representación tendría lugar al final de la película y por público tuvieron a los maleantes del pueblo, que desde el paraíso los expulsaron de la escena y a la salida del teatro los bombardearon a pedradas, una de las cuales dio a Silvano en la canilla, incapaz ahora no sólo de caminar sin cojear sino de reír sin dolor) y yo también oí el doble cuento regocijado. Luego uno de los actores acosados, cuyo nombre no hay que mencionar porque es famoso, mirando mariconamente a Franqui, ya vestido, me dijo embelesado: "¡Ese es mi héroe!". Lo que no le impidió casarse, dos años después, con la heroína de La Pasión, María Magdalena miope.

Por fin llegó la noche de la puesta en piedra, como llamaría Miret después a la representación, de La Pasión, que tendría lugar en los portales del Palacio Brunet, sus soportales haciendo de escena y el interior sirviendo de camerinos y bastidores y bambalinas. Miret sería Cristo y este sorprendente actor había tomado, contra lo que se pudiera suponer, su papel muy en serio, como siempre ocurre con La Pasión, en que su protagonista llega a creerse que no es una versión de Jesús sino el Nazareno encarnado. Pero ocurrió que Miret tenía que venir descalzo desde el interior a oscuras y tropezó con una de las piedras del piso que sobresalía incrédula y no pudo evitar exclamar, al tiempo que salía a escena: "¡Me cago en Dios!". Casi se oyó en el público y yo no pude olvidar nunca el espectáculo privado de ver a Cristo blasfemando. Curioso de saber cómo terminaba La Pasión, me quedé hasta el final. La representación fue conmovedora, al menos para el gusto católico de los trinitarios que colmaban la calle y la plaza aledaña y aplaudieron con eco in lontano. Después de la función hubo el sentimiento anticlimático de haber venido tan lejos para una sola actuación. "Lo mismo le pasó al Señor, señores", dijo Miret, consolando a los actores, "y todavía dijo: "Perdónalos, Dios mío, que no saben lo que hacen." Bien podía estarse refiriendo El a todos nosotros. Afortunadamente no íbamos a tener que sufrir a un actor con la cruz de Cristo a cuestas: Miret estuvo esa noche más dicharachero que en el viaje a la montaña: era evidente que disfrutaba su doble pasión, el amor al teatro y el humor. A pesar de buen tipo, de su distinción natural, no hizo la carrera de actor que todos pensábamos que haría: terminó trabajando de conductor en una guagua habanera. Pero estoy seguro de que convirtió su ómnibus en vehículo dramático: *la commedia è infinita.*

Noticias biográficas, selección de textos y fotos por Guillermo Piro. De *La Habana para un Infante difunto*, por Guillermo Cabrera Infante. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Seix Barral.

PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta). En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A

R E M A R	0
B O G A R	2
B R A S A	2
F A L S O	3
R O L L O	3

B

A N A N A	1
H A B I L	1
H O G A R	2
G O R D O	3
P E R N O	3

C

A B R I R	1
A R C O N	1
D O S I S	2
M A T O N	3
M O T O R	3

D

C O R S O	1
F R E I R	2
P L A T A	2
P L E N O	2
G R A S A	3

E

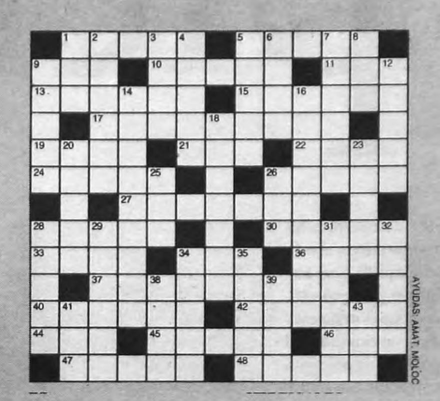
A Y U D A	1
T R E C E	1
J A R R O	2
M A R E S	3
M U E C A	3

F

A		2
B		2
C		2
D		2
E		3

Enigmático

En las definiciones de este crucigrama encontrará intercalaciones (La caSA DEl marqués = SADE), juegos de palabras (En la LEVadura, la moneda búlgara = LEV), acertijos (Descubrió un continente = COLON) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: ENIGMA = IMAGEN). Estos últimos están en negritas.



HORIZONTALES

1. El señor Molinari tiene una plantación de lino.
5. Es **tonta**, pero no...
9. Es tu linda tela calada.
10. Es útil y etéreo.
11. ¡Cuidado, Epaminondas!
13. **Gozará** al cubrir con mercurio.
15. Puso a Sara a cocer levemente.
17. Hay un **nido, Marta**, en este árbol.
19. El soldado **raso** se va a atrever.
21. Lirio en lo liso.
22. Recen por el **reno**.
24. ¿Las **lanas** de la nariz?
26. **Acaso** persigue.
27. **El bicho** en el juego de bolos.
28. El **pesca** y tú faltas a la ley de Dios.
30. Indígenas americanos en las fincas.
33. **Mata** y virrey del Perú.
34. **Ato** un cabo y él remolca la nave.
36. El carrero lo dijo para azuzar al caballo.
37. Si **me lo resta**, importunaré.
40. Con **Sosa ví** anuncios comerciales.
42. **Eramos** lectores de este filósofo de Rotterdam.
44. El chacó de los moros.
45. **Colmó** de plegarias a ese dios.
46. Divinidad que retumba en la tormenta.
47. Cavan con cierta pala para bajar la **panza**.
48. Un signo en las **leñas**.

VERTICALES

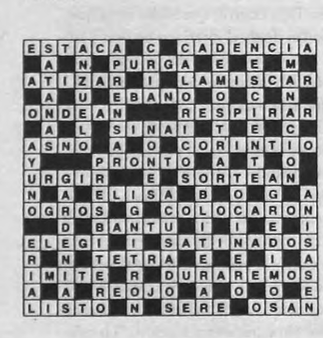
1. ..., cámara, acción.
2. Fundador de Troya y yunque para estos esclavos.
3. Hace **masa** en el estado de la India.
4. Ve con agrura lo del campo.
5. Titanio, silicio y azufre para la tuberculosis.
6. Ala pelada en el balón.
7. **Es otro** conjunto de riquezas.
8. Un tonto en opaco.
9. Pisó el **latón** con esta parte del pie.
12. **Ara en** el polvo.
14. El **asta grabó** con rasgos irregulares.
16. Junto a una docena, Ramón se confundirá entre gente común.
18. Dirigí dos instituciones con reglamentos duros.
20. Hay **males** en esta ciudad de EE.UU.
23. Permanecer con **artes**.
25. Artículo en los pelos.
26. Algo de ahínco en ese lugar.
28. Abonar en **Praga**.
29. Tengo esta prenda en **mi casa**.
31. Consonante disminuye en la parte superior.
32. Le enseñó Ricardo el amo.
34. Quiero que **notes** su perseverancia.
35. **Os até** por incrédulos.
38. El **malo** está en la elevación.
39. **Crea** que es un árbol.
41. El vocal tiene... y voto.
43. Molécula gramo en el molino.

Soluciones del jueves 6 de enero

Palabra Oculta

A. Obvio. **C.** Lenta.
B. Aviso. **D.** Cenar.

Cruzex



El sabueso

A

33	34	39	40	41	42
32	35	38	11	12	13
31	36	37	10	15	14
30	7	8	9	16	17
29	26	25	22	21	18
28	27	24	23	20	19

B

30	31	32	33	8	9
29	36	35	34	7	10
28	3	4	5	6	11
27	2	19	18	17	12
26	1	20	21	16	13
25	24	23	22	15	14

C

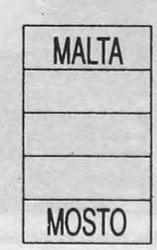
22	23	24	25	26	27
21	20	19	18	17	28
12	13	14	15	16	29
35	34	33	32	31	30
36	37	38	39	40	41
47	46	45	44	43	42

D

4	3	2	29	30	31
5	6	1	28	27	32
8	7	12	13	26	33
9	10	11	14	25	34
18	17	16	15	24	35
19	20	21	22	23	36

Escaleras

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.



BARRO
FANGO

Soluciones de hoy

Palabra Oculta

A. Bolso.
B. Horno.
C. Motín.
D. Presa.
E. Marca.
F. Morsa.

Escaleras

A. Malta, manta, monta, monto, mosto.
B. Barro, barco, banco, manco, mango, fango.

Enigmático

